

chos siglos que lo había condenado la Iglesia, que no ha dejado en ningún tiempo de abogar por la suerte de estos infelices, y ha hecho por ellos lo que ha podido.

Ya en el siglo VI había impuesto excomunión á los que atentasen contra la libertad de las personas, apoderándose violentamente de ellas para cautivarlas ó venderlas (1). En el siglo XI había prohibido *aquel negocio abominable que hasta aquí se hacía en Inglaterra de vender á los hombres como brutos animales* (2). A fines del siglo XV, «el Papa Pío II, en cuyo pontificado se extendió el dominio de los portugueses en la Guinea y en el país de los negros, en sus letras de 7 de Octubre de 1482 al Obispo de Ruvo, que iba á partir para aquellas regiones, censuró severamente la conducta de los cristianos, que reducían á aquéllos á la esclavitud.» De la misma manera condenaron el tráfico de los indios Paulo III en sus Letras Apostólicas en 1537; Urbano VIII en 1639, y Benedicto XIV en 1741. En nuestro siglo, Pío VII, animado del mismo espíritu de religión y caridad que sus antecesores, no solo condenó como ellos esta infamia, sino que también «interpuso con celo sus buenos oficios cerca de los hombres poderosos para hacer que cesase enteramente el tráfico de negros entre los cristianos.

«Semejantes prescripciones y solicitud de nuestros antecesores, prosigue el Papa Gregorio XVI, nos han servido, con la ayuda de Dios, para defender á los indios y á los negros de la barbarie, de las conquistas y de la codicia de los mercaderes cristianos: mas es preciso que la Santa Sede tenga por qué regocijarse del completo éxito de sus esfuerzos y de su celo, puesto que si el tráfico de negros ha sido abolido en parte, todavía se ejerce por un gran número de cristianos. Por esta causa, deseando borrar semejante *oprobio* de todas las comarcas cristianas... prohibimos á todos los cristianos, de cualquier clase y condición que fuesen, que ninguno sea osado en adelante

(1) Conc. Lugd. II, cán. 3, año 567.

(2) Conc. Londin., año 1102.

«á molestar injustamente á los indios, á los negros ó á otros hombres, sean los que fueren, despojarlos de sus bienes ó reducirlos á esclavitud, ni á prestar ayuda ó favor á los que se dedican á semejantes excesos ó á ejercer un tráfico tan inhumano, por el cual los negros, como si no fuesen hombres, sino verdaderos é inmundos animales, reducidos cual ellos á la servidumbre, sin ninguna distinción y contra las leyes de la justicia y de la humanidad, son comprados, vendidos y dedicados á los trabajos más duros, con cuyo motivo se excitan desavenencias y se fomentan continuas guerras en aquellos pueblos por el cebo de la ganancia propuesta á los raptos de negros» (1).

Por último, en el Concilio Vaticano se presentó un *postulatum* suscrito por muchos Obispos en favor de los infelices negros.

Tal ha sido y es la conducta del Catolicismo: así ha defendido los derechos del hombre y la causa de los oprimidos. Para la Iglesia no hay diferencia de razas, climas ni colores. *Donde no hay gentil y judío, circunciso é incircunciso, bárbaro ó escita, esclavo y libre, sino todo y en todos Cristo* (2).

Ni un solo instante ha dejado de cumplir la Iglesia su misión civilizadora.

CAPITULO II.

La civilización sin la Iglesia.

Hemos dicho que, así como la Iglesia es el principio de la verdadera civilización, así no puede existir civilización que merezca este nombre fuera de la influencia del Catolicismo: y que al paso que éste es esencialmente civilizador, su negación es, por el contrario, una degeneración y un retroceso. Ya lo hemos demostrado en parte haciendo

(1) Letras Apost. de 3 de Noviembre de 1839.

(2) Coloss. III, 11.

ver lo que era la antigua civilización pagana, y lo que es todavía en los pueblos que no han abrazado la doctrina del Evangelio. Indicamos también como prueba el hecho de aquellos países ilustrados y florecientes, mientras fueron católicos, y que á poco volvieron á la barbarie desde que por diversas causas perdieron la fe. ¿Quién no ha oído hablar de la cultura de África, que hoy se cita con razón como tipo de barbarie? Desde el siglo II fué una de las Iglesias más florecientes, y la historia eclesiástica está llena de monumentos gloriosos de aquellas regiones, de sus numerosos Concilios y de sus grandes hombres, como Tertuliano, San Cipriano y San Agustín. Lo mismo decimos de Egipto, de Abisinia, así como también de muchos pueblos del Asia. Como el estado, tanto antiguo como moderno, de estas regiones es un hecho tan conocido, no nos detenemos en largos razonamientos: para nuestro propósito basta enunciar el hecho de su decadencia, para probar que sin Catolicismo no hay civilización.

Completaremos nuestra prueba examinando lo que es la civilización protestante, si es que merece este nombre, y lo que es la tan ponderada civilización moderna y sus decantadas conquistas. Y probaremos la justicia con que esta civilización ha sido condenada por la Iglesia, precisamente para defender la única verdadera civilización.

§ I.—*La civilización protestante.*

Sic vos, non vobis, podemos exclamar los católicos, parodiando á Virgilio, cuando le usurparon unos versos que había compuesto.

Esto nos ocurre al ver que se considera el protestantismo como uno de los más prodigiosos esfuerzos del espíritu humano, y se le atribuyen los rápidos adelantos que ha hecho la civilización Europea desde el siglo XVI, los cuales son exclusivamente propios del Catolicismo, y preparados por él en los siglos anteriores.

Tan lejos está el protestantismo de desarrollar la civili-

zación, que, por el contrario, la falsea y la retarda. No costará mucho trabajo demostrarlo.

Consiste la civilización en la ilustración, la moralidad y el bienestar material de los pueblos, como ya hemos indicado. Cada una de estas tres cosas se apoya mutuamente, y cada una de ellas se perfecciona con las otras. Ahora bien; el protestantismo, por sus principios y doctrinas, es contrario á todos y cada uno de esos tres elementos de toda civilización.

No se puede negar que lo que por su naturaleza tiende á fomentar y multiplicar los errores, es contrario á la ilustración. Y, ¿qué cosa hay más oportuna para esto que el principio del libre exámen, que es el fundamental del protestantismo? Este principio abre la puerta á todos los extravíos de la razón, y era natural, una vez sentado, que no quedase en pié verdad alguna dogmática ni filosófica. De aquí sus variaciones, sus negaciones, cada vez más monstruosas, las infinitas sectas en que se dividió y los delirios que sostenían; de aquí, en fin, que el protestantismo ha venido á parar en deísmo, y á fomentar la incredulidad y la indiferencia religiosa. Y es fácil ver, conociendo la indole de los errores modernos, así filosóficos como sociales, que todos son consecuencias más ó menos remotas del sistema protestante.

«Quitando al espíritu humano el punto de apoyo de una autoridad, ¿en qué podrá afianzarse? ¿No queda abandonado á merced de sus sueños y delirios? ¿No se le abre de nuevo la tenebrosa é intrincada senda de interminables disputas que condujo á un caos á los filósofos de las antiguas escuelas? Aquí no hay réplica, y en esto andan acordes la razón y la experiencia: sustituido á la autoridad de la Iglesia el exámen privado de los protestantes, todas las grandes cuestiones sobre la divinidad y el hombre quedan sin resolver; todas las dificultades permanecen en pié; y flotando entre sombras el entendimiento humano, sin divisar una luz que pueda servir de guía segura, abrumado por la gritería de cien escuelas que disputan de continuo sin aclarar nada, cae en aquel desaliento y postración en que le había

encontrado el cristianismo, y del que le había levantado á costa de grandes esfuerzos. La duda, el pirronismo, la indiferencia, serán entónces el patrimonio de los talentos más aventajados; las teorías vanas, los sistemas hipotéticos, los sueños, formarán el entretenimiento de los sábios comunes; la supersticion y las monstruosidades serán el pábulo de los ignorantes» (1).

Se dirá que entre los protestantes hay muchos hombres sábios; no lo negamos, solo sostenemos que esos no son tales precisamente por ser protestantes, sino á pesar de serlo; no por el libre exámen, sino porque se han aprovechado de la sana filosofía basada en el Catolicismo. Decimos que, á pesar de estas excepciones, el principio citado es funesto para la generalidad de los que lo abrazan.

Más funestos son todavía los efectos que el protestantismo produce en la moralidad. Negada la necesidad de las buenas obras, es natural que se pierda la afición á hacerlas. Admitido el principio de la sola fe justificante, no se necesitan sacramentos, ni oraciones, ni buenas costumbres, y las pasiones no dejan de aprovecharse de estas teorías, que tanto las favorecen. Negada la libertad del hombre, y reducido éste á la condicion de un tronco, de una piedra, como pretendía Lutero, vienen necesariamente los deplorables frutos del fatalismo, lanzándose como el bruto á todos los excesos. Fácil es comprender que tales principios empujan inevitablemente á la sociedad á un profundo abismo.

Si la influencia católica no hubiera contrareestado estas perversas doctrinas, las sociedades protestantes hubieran llegado sin remedio al salvajismo; pero la parte de cristianismo que conservaban, y además el vivir en medio de sociedades católicas, y bajo una legislacion basada toda en el espíritu católico, y con costumbres formadas en lo pasado, segun la moral evangélica, la contuvieron en la pendiente y evitaron su rápida descomposicion. Pero á medida que se van alejando de su origen, se van convirtiendo en

(1) Balmes, obra citada, cap. 4.º

sociedades materialistas y ateas. Su moral es el *utilitarismo*.

Así es que, léjos de haber disfrutado el bienestar general los pueblos protestantes, en ninguna nacion fué más infeliz la suerte de las clases numerosas. Puede decirse que allí no se extinguió del todo el feudalismo, y subsisten muchas causas fecundas de miseria pública. ¿Quién no ha oido mil veces señalar la Gran Bretaña como la nacion más ilustrada, más libre, más rica, más dichosa, más civilizada del orbe? Y, sin embargo, allí es donde se verifica del modo más escandaloso el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas más monstruosas, agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica en toda la extension de la palabra que muchos trabajan para pocos, y que el lujo insulta á la miseria; allí, por último, se ha desarrollado de una manera espantosa esa plaga de la sociedad moderna llamada *pauperismo* (1). Y nosotros preguntamos con Balmes: «¿Dónde está la perfeccion de una sociedad, cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? ¿Qué significa la civilizacion cuando el mayor número carece de pan?» (2)

Todo el mundo conoce la *Historia de la reforma protestante*, escrita por William Cobbett, en la cual el autor se propuso probar, y, efectivamente, probó con datos y argumentos irrecusables, «que el acontecimiento llamado *reforma* ha empobrecido y degradado la masa del pueblo de Inglaterra é Irlanda: y que sin más que examinar franca é imparcialmente dicho acontecimiento, se conoce que se le dió muy impropriamente el título de reforma; pues aunque en realidad fué un cambio, fué bajo todos aspectos un cambio en *peor* que tuvo su origen en una incontinencia brutal, fué sostenido por la hipocresía y la perfidia, llevado á cabo

(1) Véase Mary-Meyneu, *Du Pauperisme anglais*, París, 1841.

(2) *La Civilizacion*, art. 4.º

por el robo y la devastacion, derramando para ello torrentes de sangre inglesa é irlandesa, y cuyas consecuencias tenían que ser necesariamente esa miseria, esa mendicidad, esa desnudez, esa hambre, esas contiendas, esos ódios eternos que vemos por todas partes y aturden nuestros oídos á cada paso que damos: males todos que ha introducido entre nosotros la reforma, en lugar de la abundancia, de la prosperidad, de la union y caridad cristiana de que tan plenamente gozaron nuestros padres católicos durante tantos siglos» (1). Todo esto lo prueba con la historia en la mano, y con la lógica de los números, que no tiene réplica. En cuanto á Alemania, M. Spazier, protestante, probó que la reforma fué igualmente funesta al desarrollo de la ilustracion, al progreso social, á las libertades populares y á la unidad germánica (2). Más adelante volveremos á tocar este punto, al tratar de la prosperidad de los países herejes comparados con los católicos.

Añadiremos que el protestantismo lleva en sí mismo un principio de oposicion al desarrollo de la literatura y las artes que, si no constituyen la civilizacion de un pueblo, á lo ménos son inseparables de su esplendor. «Si la reforma, dice Chateaubriand, hubiese alcanzado desde su principio un completo triunfo, habría establecido, al ménos por algun tiempo, una nueva barbárie. Tratando de supersticion la pompa de los altares, y de idolatría las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaban á desterrar del mundo la elocuencia y la poesía, en lo que tienen de más grande y elevado, á deteriorar el gusto repudiando los modelos, á introducir algo de seco y frio en el espíritu, cortando al génio sus alas, á sustituir una sociedad dura y material á otra sociedad acomodada é intelectual, á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operacion mental.

»Tres siglos há que nació el protestantismo: es poderoso

(1) Véase especialmente la carta 16, tomo II.

(2) En la *Revista del Norte*, 1833.—Véase también Raoul-Rochette, *Lettres sur la Suisse*.

en Alemania, en Inglaterra, en América; es practicado por millones de hombres, y, ¿qué es lo que ha edificado? Solo os mostraré ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los siglos y á la sabiduría de los antiguos, el protestantismo se separó de todo lo pasado para formar una sociedad sin raíces» (1).

«Se ha dicho, prosigue despues, que el protestantismo había sido favorable á la libertad política, pues había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas? Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un señor: la Suecia, la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo el poder de una monarquía absoluta, y la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal. El protestantismo se estrelló en los países republicanos: no pudo invadir á Génova y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una reducida Iglesia secreta que cayó en breve. Las artes y el hermoso sol del Mediodía eran mortales para él. En Inglaterra no fué el vehículo de la Constitucion, formada ántes del siglo XVI en el regazo de la fe católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de Roma, el Parlamento había ya juzgado y depuesto reyes, y los tres poderes eran distintos. El pueblo inglés estuvo tan léjos de conseguir la extension de sus libertades por el hundimiento de la religion de sus padres, que nunca el Senado de Tiberio se mostró tan vil como el Parlamento de Enrique VIII.» El mayor acrecentamiento del poder real en Europa data cabalmente de la época del protestantismo.

Bajo cualquier aspecto que se considere, el protestantismo interrumpió el curso de la civilizacion. Apenas nació, separó á las naciones europeas en dos grandes bandos, que se profesaron desde su division un ódio mortal: ódio que produjo encarnizadas guerras, en que se vertieron torren-

(1) *Estudios históricos*, introduccion.

tes de sangre. Claro es que en tal estado se paralizaron los adelantos en todos los ramos, decayendo la industria, el comercio, las artes, y, sobre todo, haciendo recelosas y desconfiadas las relaciones mútuas de los diversos pueblos.

En resúmen; el protestantismo es contrario á la verdadera civilizacion:

Porque rebaja la dignidad del hombre, comparándole á un tronco, á una piedra.

Porque degrada á la mujer, negando el sacramento del matrimonio.

Porque precipita la inteligencia en el error con su principio del libre exámen.

Porque fomenta la inmoralidad, rechazando la necesidad de las buenas obras.

Porque paraliza las bellas artes, negando la pompa del culto externo.

Porque mata la caridad, haciéndola degenerar en positivismo.

Porque acredita la experiencia que los pueblos que lo abrazaron se han degradado y empobrecido. El protestantismo no tiene ningun consuelo para los infelices. Destruyó muchos elementos de bien y nada supo edificar.

Porque enseña la historia que es un semillero de discordias, una causa de profundas divisiones. Desde que nació, fué un germen de largas y ensangrentadas guerras civiles y exteriores, quitó el prestigio á toda autoridad, y cobijó en su seno á todas las revoluciones modernas.

§ II.—*La civilizacion moderna* (1).

«Para que haya verdadera civilizacion, es necesario que la moral y la religion, como bases del edificio social, sean las que marquen los pasos que ha de seguir la materia: esto es, que para que el hombre no pierda su dignidad y

(1) Tomamos este artículo de una de las conferencias del célebre P. Félix, extractada en la obra *Pensamientos y máximas filosófico-católicas*, Perez y García, tomo I, pág. 235.

su decoro, es necesario que nunca predomine la materia sobre el espíritu, á la vez que entre ambos exista siempre la mejor armonía. Si la materia predomina en la sociedad; es infalible la degradacion del hombre, la corrupcion, la anarquía y el caos: como nos enseña la historia del imperio del panteismo y paganismo antiguo, y hoy lo estamos viendo con la resurreccion de estos mónstruos por los nuevos discípulos de Epicuro y sus más decididos corifeos.

La verdadera civilizacion es harto más grande que los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos, y los cañones rayados y demás invenciones de máquinas destructoras del humano linaje; más grande que la invencion de los buques de vapor y los milagros más ó ménos babilónicos de la industria moderna. Se puede tener muy bien esto y vivir en la barbárie: porque todo esto afecta al cuerpo inmediatamente, miéntras que la civilizacion es asunto inmediato del verdadero bien de la humanidad, en el tiempo y en la eternidad. Ella ha de consistir en la cultura de los corazones y en la elevacion de las almas, dando por resultado el acrecentamiento y la elevacion del sentido moral, criterio verdadero de la perfeccion social, termómetro de las verdaderas civilizaciones.

Cuando quiera que las sociedades vean consumarse grandes atentados y ostentarse grandes crímenes, sin que sean consternadas las personas con una consternacion desinteresada y profunda, como hoy sucede con la nueva civilizacion como fruto natural de sus principios disolventes y ex-cépticos; cuando quiera que el espectáculo de las grandes virtudes y de los sacrificios sublimes no alcanza ni áun llama la atencion de los ánimos ni conmueve los corazones, entónces señal es infalible que el nivel de la civilizacion está muy bajo en esas sociedades: la degradacion impera, y el egoismo del dinero, sea cual fuere su esplendor material. En la disminucion de su sentido moral llevan impresa la marca de su decadencia, revelada á la sociedad en sus obras inícuas. Entónces es cuando se santifica el regicidio por los libertadores, como ellos mentidamente se llaman, siendo así que no son más que tiranos de los pueblos;

cuando se *anexiona* todo lo que se puede sin reparar en los medios; cuando en nombre de la libertad se ejerce el más feroz de todos los despotismos; en una palabra, cuando se cometen toda clase de violaciones, y la fuerza bruta impera auxiliada por las iniquidades. Por el contrario, cuando las almas se sienten heridas por todo golpe asestado contra el derecho y la santidad; cuando la vista del bien oprimido suscita contra el mal triunfante nobles y santas indignaciones; cuando se concibe el concierto de los espíritus vibrando al son armónico de la justicia y de la verdad, cuando, por decirlo de una vez, el sentido moral de los pueblos es delicado, profundo, elevado, entónces ya se puede afirmar que allí la civilización es grande, porque el nivel de las almas es alto, y la misma fuerza civilizadora tiende á enaltecerlo cada día más.

Esta es la civilización verdadera.

La civilización, el progreso, es la educación de la humanidad, así como la educación es el progreso del hombre. Un hombre bien educado es un hombre civilizado, y el más educado de todos los hombres será el más civilizado. Un bárbaro es un hombre mal educado, y, por último, salvaje es el no educado de manera alguna, el hombre perpetuamente niño, con el candor infantil de ménos y la grosería de más.

El hombre mal educado, siquiera sea el más señalado por su génio, el más ilustre por su cuna, el más elevado por su riqueza, tiene mucho, cuando no lo tenga todo, de bárbaro y de salvaje. Ahí lo veis, en el seno de nuestras ciudades tan cultas, tan letradas, tan sábias: miradle bien; con sus ideas, con sus costumbres y con sus procederés, ese hombre no es más que un insulto á la verdadera civilización, no obstante que se llama civilizado á la moderna por excelencia. Todos los perversos instintos que con nosotros nacen y crecen, se han quedado en su alma faltos de toda represión y vírgenes de toda especie de disciplina; ninguna mano le ha dominado ni él se ha dominado á sí propio; no ha conocido ni el noble freno del amor, el más noble todavía de su libertad, y triunfa en él la energía del mal, con represión

absoluta de toda libre expansión del bien; su educación no ha consistido sino en aplicarse á sí mismo la fórmula salvaje: *Dejad obrar á la naturaleza.*

Este hombre no es un hombre civilizado. Reluce, sí, la civilización material en su ropaje, en el ajuar de su casa, en sus espléndidos festines; pero su alma, su corazón, están por civilizar: civilizado, culto al mirarle por defuera, no hallais en él sino á un salvaje cuando lo mirais por dentro.

Este es el fruto natural y legítimo de los que enseñan los progresos de la ciencia sin fe, de los hombres con inteligencia y sin principios. Hacen pueblos que saben odiar, no amar, rebelarse contra todo, y no obedecer nunca más que á las pasiones que los dominan; menospreciar, no respetar; pueblo impío, no religioso, que profesa la blasfemia, y ajeno á toda castidad, jamás adora sino al deleite, su único Dios; pueblo de pasiones jamás refrenadas, de fuerza que nunca supo vencerse; capaz del crimen, no del arrepentimiento; sabe enriquecerse, pero sacrificarse no; pueblo, en suma, educado por la civilización moderna, esto es, por el nuevo paganismo, por el egoísmo del oro, y todo por el oro, para conseguir su fin, su bello ideal, que es el goce material.

Aquí teneis lo que es la humanidad bárbara, la humanidad sin cultura moral, desposeida de la civilización verdadera, y sin reconocer más potestad que el brutal imperio de la fuerza de los cañones rayados, de las bayonetas y de los puñales anexionistas.

¿Quereis ver en ese pueblo reproducirse escenas de caníbales, espectáculos de barbárie? Pues con poco basta; con una rueda que desengrane, una máquina que se rompa, un trono que se derrumbe, una autoridad que caiga. Entónces vereis, en plena civilización moderna, multiplicándose con rapidez espantosa, brotar toda aquella generación salvaje de seres impuros, malignos, audaces, malvados, y obtener repentinamente de la flaqueza de los hombres ó de sus crímenes *la potestad de hacer temblar á toda una nación, subyugándola al despotismo del terror.* En esas



horas es cuando, en medio de la civilización moderna, con su cultura y luces, se ostenta la barbárie, cuando se levanta la fiera desgredada, sangrienta, ardiendo de furor el rostro, de odio el corazón, puñal en mano, para hacer lo que todos los bárbaros vencedores, asolar, matar, degollar y destruir. Entonces es cuando sobre las ruinas de las instituciones más santas y venerandas, escribe lo que para perder á las naciones y apresurar su decadencia pueden los hombres mal educados; entonces es cuando el estrépito de todas las grandes cosas que se derrumban, y la perdición del humano linaje que sucumbe, proclama, mejor que este razonamiento, que el verdadero progreso de la humanidad consiste en la educación religiosa, en la educación católica en la infancia.

Lo demás, y fuera de esta educación, ahí está la que da la civilización moderna con sus legítimos resultados; ahí están sus obras, chorreando sangre á torrentes por todos cuatro costados, por los grandes argumentos que sientan sus genuinos representantes los cañones rayados» (1).

§ III.—*Justicia con que el Papa ha condenado la civilización moderna.*

De lo dicho se infiere que la llamada civilización moderna es propiamente una barbárie, un retroceso.

En nuestros días se ha falseado el verdadero sentido de la palabra *civilización*, y ha usurpado este nombre sagrado y simpático un funesto sistema de errores é innovaciones en el orden político y religioso, que han dado en llamarse exigencias y adelantos del espíritu moderno. Bajo este nombre se han comprendido también los progresos materiales de la ciencia y de la industria, en lo cual ciertamente nada hay de reprehensible; pero lo es en gran manera que se han falseado sus aplicaciones, dirigiéndolas al más gro-

(1) Rogamos al lector que medite este artículo tan fecundo en provechosas consecuencias y aplicaciones á lo que todos hemos presenciado.

sero materialismo, como si únicamente en tales adelantos consistiera la dicha del hombre y no hubiera más vida que la presente.

Esta civilización conducía á la sociedad á su ruina. El Papa la vió avanzar, llevando en una mano el desorden, la inmoralidad y la miseria pública, y en la otra la incredulidad y el ateísmo, y no pudo ménos de condenarla, para defender cabalmente la civilización verdadera. Aquella condenación alarmó á muchos ilusos, que solo juzgan por las apariencias, y dió motivo á una atronadora gritería de parte de los enemigos de la Iglesia, acusando á ésta de enemiga de las luces y de las ciencias y de obstáculo para la dicha de la humanidad.

Mas para las personas de buena fe, bastaba la más ligera reflexión para disipar estas acusaciones. ¿Cómo ha de condenar la Iglesia la verdadera civilización, que ha desarrollado y engendrado ella misma? ¿Cómo ha de condenar su propia obra, el fruto natural de sus enseñanzas? ¿Cómo ha de condenar los adelantos científicos é industriales, cuando ve todo el mundo que los fomenta, los bendice, y se aprovecha de ellos? Es, pues, evidente que la civilización condenada por la Iglesia no es la civilización verdadera.

¿Qué condenó, pues, la Iglesia? ¿Qué son esa civilización y ese progreso con los cuales no puede conciliarse el Papa?

Condena «aquella civilización moderna, origen de tan deplorables males, de tan detestables opiniones, de tantos errores y principios absolutamente contrarios á la religión católica y á su doctrina. Esa civilización moderna, que se empeña en favorecer todo culto no católico, que ni aún á los infieles mismos aparta de los empleos públicos, que cierra las escuelas católicas á sus hijos, que es enemiga de las comunidades religiosas, contraria á los institutos fundados para dirigir la enseñanza católica, y se declara abiertamente contra los Eclesiásticos de todas categorías, etc... Esta civilización, al paso que derrama pródigamente subsidios á institutos y personas no católicas, despoja á la Iglesia de sus legítimas propiedades, y pone todo su empeño y discurso en amenguar la